



ROMANCE TRÁGICO

DE

ANSELMO Y ADELAYDA,

O EL CASTIGO DEL ASESINO.

En las orillas del Torme,
bajo de un hermoso cielo,
está sita Salamanca,
ciudad de Minerva asiento.
En esta ciudad vivia
un ilustre caballero,
á quien conoce la fama
por Antonio de Requedo:
tuvo de su matrimonio
un jóven llamado Anselmo,
de condicion muy dañina,
y en las costumbres perverso.

Una tarde del Otoño,
saliendo á dar un paseo,
el jóven amor tirano
le asaltó tenáz el pecho.
Adelayda se llamaba
la jóven que en mil portentos
tiranamente robóle
del corazon el sosiego.
De la mas perfecta Venus,
atractivos y embelesos
nada fueran á su lado,
previo el prudente cotejo.



La viveza de sus ojos,
su tierno ademan modesto;
el color de pulcra rosa,
eran de gracias modelo.
El albor de pecho y manos,
y de su rostro alagüeño:
el color de blanca nieve
dejára eclipsado y feo.
Cual suelen preclara vista
turbar del sol los reflejos;
asi quedó la del jóven
y de amor perdido y ciego.
Con trémula voz azorado
y mal articulado acento,
¿quién eres, ninfa, le dice,
que al solo mirar me has muerto?
Yo soy, responde Adelayda,
la que del hogar paterno
formo el placer y delicias,
la dulce paz y consuelo.
Si á tus gracias, bella jóven,
añades tales aumentos,
quién habrá que no se rinda
y no te quiera al momento!..
Yo constante, por mi honor,
en nombre de Dios eterno,
tu fino esposo y amante
el ser, y leal te ofrezco.
La jóven medió turbada,
cuasi perdido el aliento,
le dice que á su buen padre
pida esta gracia primero.
Mascharon adonde estaba,
siguiendo sus galanteos,
prodigándose cariños,
mil promesas y requiebros.
En efecto, alli llegados,
rogaron con noble esfuerzo;
y el padre entonces consiente,
si consiente el de Requedo.
Corre veloz á su casa

nuestro jóven Don Anselmo,
altivo y acelerado
pide al padre su concenso.
Este le niega la gracia,
y al escucharle, resuelto,
es muy en valde le dice,
con otra casarte quiero.
Los celos, la ira, el odio,
la venganza y desespero
asaltan, combaten, rinden
de nuestro jóven el pecho:
cual precipitado rayo
que fulmina el alto cielo,
al crimen mas execrable
se precipitaba luego.
Durante una clara noche,
con fiero puñal, proterbo,
del padre el corazon pasa
una y mil veces cruento.
Sangre y mas sangre despide,
y á crimen tan vil y horrendo
la luna oscurece y tiembla
todo aquel recinto y suelo.
Venganza y muerte señala
mi Dios bondadoso y recto;
riumban do quier y caen
rayos de esterminio y truenos.
Monta un fogoso caballo,
que en las orillas del Duero
naturaleza enseñóle
ser mas que el viento ligero.
Parte con él, y en el campo
jura y rejura tremendo:
pues Adelayda no es mia,
tiemble de mí el orbé entero.
Apenas la hermosa Aurora
alumbró con sus luceros,
divulgóse en la ciudad
tan inaudito suceso.
No es posible de Adelayda
pintar todo el desconsuelo,

el llanto, los tiernos ayes
del amor indicio cierto.
A consejo de su padre,
y al ver de Anselmo el esceso,
anhela dejar el mundo
y encerrarse en un convento.
Volvamos á nuestro jóven,
que en rabia y venganza ardiendo,
cual fiera sangrienta corre
á su fin fatal postrero.
No lejos de la ciudad
encuentra unos vandoleros,
de quienes eficazmente
se ofrece ser compañero.
Estos á una voz al punto,
al observar su denuedo,
le aclaman por capitán
de toda la orda de ellos.
Recorren todo aquel campo,
y su furor á un mancebo
roba, y le dá cruda muerte
al pie de un manso arroyuelo.
Una tierna hermosa jóven,
entre apartados senderos,
hacen de su vil lascivia
víctima y torpes deseos.
Torpe y vilmente cumplidos
sus criminales intentos,
su pura sangre á raudales
hacen que riegue aquel suelo.
Al favor de oscura noche
la casa de un molinero
asaltan, roban, y á todos
hieren y matan mas presto.
A la voz de tantos males
se atemorizan los pueblos,
y los campos y caminos
quedaban cuasi en desierto.
Aqui y allá perseguidos,
su fin probaron funesto,
menos Anselmo que escapa

por su caballo ligero.
Corre veloz, y llegado
al ancho y hermoso puerto
de Cádiz, do fuertes olas
combaten del mar soberbio.
Entré una gente morisca
toma su partido luego;
blanco turbante le adorna,
corvo reluciente acero.
Del mar salobre á las aguas
entregan el frágil leño,
y en pocos dias dejaron
del Gades las playas lejos.
A las de Constantinopla
llegaron en breve tiempo,
á do altivo el Musulman
empuña tirano el cetro.
De su jornada los moros
cuenta á su Señor le dieron,
y muy mucho ponderaron
de Anselmo el grande ardimiento.
Al punto manda el Sultan
venga á su presencia luego;
y al verle quedó prendado
y en sus tropas le dá puesto.
Con sus huestes belicosas
contra el Arabe altanero,
manda que parta y derroque
su inobediente proyecto.
No tardó, que su valor
en los bélicos encuentros
buscó los mas peligrosos
y mas eminentes riesgos.
En poco tiempo de Arabia
devuelve al turco el imperio,
despues de haber entregado
miles ciudades al fuego.
De laurel frondoso ornada
la hermosa sien, su regreso
Constantinopla celebra
con fiestas, bailes y juegos;



mas los placeres del mundo
son falsos y pasajeros,
que á las delicias mas grandes
suceden los contratiempos.
Amor con su llama activa
abrsa su crudo pecho;
la hermosa y tierna Adelayda
es su placer y recuerdo.
En medio de tanta dicha
solo le falta el objeto
á quien su amor consagrara
y jurara por su dueño.
Otro crimen horroroso
concibe y piensa resuelto;
quiere robar su Adelayda
para cumplir su deseo.
Pide al Sultan una gracia,
y és, le conceda el recreo
del campo por cuatro meses,
y este la concede atento.
Dejando el blanco turbante,
en clase de pasagero,
el rumbo toma de España
en barco veloz y griego.
Pisa las playas de Cádiz,
y con valor y denuedo
á Salamanca dirige
sus pasos tenaz y fiero.
Llegado una oscura noche,
y disfrazado en silencio,
de su querida la casa
pisa amoroso y tremendo.
Huérfana estaba Adelayda,
entra y la coje resuelto;
esta suspira y se asusta,
y espide tiernos lamentos.
No temas mi bien, le dice,
solo á que me sigas vengo,

solo tu dicha procuro,
no pierdas tan grato tiempo.
Es muy en valde responde,
tengo mas nobles intentos;
mi corazon y mi mano
ceder mañana pretendo.
Del santo claustro al retiro
solo quiero á Dios eterno,
y los placeres y dichas
de su mano solo espero.
Una y mil veces el jóven
emplea amoroso el ruego:
nada consigue, y venganza
solo concibe violento:
saca el puñal patricida,
grita Adelayda al momento,
y pertinaz y obcecado
la causa su muerte luego.
La fuga emprende el tirano,
corre azorado cual viento,
do quier dirige sus plantas,
do quier se dirige incierto.
El triste *grito* á un vecino
despierta y le priva el sueño;
vé la desgracia, y conmueve
en alta voz todo el pueblo.
De mil peligros cercado,
cede por fin su ardimiento;
y en triste y oscura cárcel
llora el malvado ya preso.
El cuarto dia al cadahalso
acaba su vida Anselmo
á los perversos dejando
tan triste y fatal ejemplo.
A tal desgracia escarmiente
y tiemble todo perverso:
que al vil cruel asesino
siempre le castiga el cielo.

FIN.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería núm. 18.